

Conformismo social

Araceli Damián*

“La destrucción de los principios éticos y de la voluntad como factores constitutivos del ser y la condición humana permiten el surgimiento de la personalidad y del carácter conformista”. De acuerdo con Marcos Roitman (*El pensamiento sistémico*, Siglo XXI, 2003) el pacto social se fundamenta en inhibir conductas sociales antisistémicas, es decir, aquellas que contradigan o se enfrenten al poder legalmente constituido. El conformismo social se apoya en un discurso sofisticado elaborado por diversas ciencias sociales, cada vez más institucionalizadas (recordemos a nuestros flamantes economistas neoclásicos), que justifican y aclaman al actual sistema, haciéndonos creer que el mundo del siglo XXI ya está diseñado y construido.

El conformismo social nos lleva a actuar sólo cuando nos vemos afectados o advertimos que alguien nos puede hacer daño. Mientras tanto ignoramos a nuestros prójimos o a las arbitrariedades cometidas contra nuestros semejantes. No puedo estar más de acuerdo con Roitman en el sentido de que el silencio y la falta de compromiso social son los que facilitan la destrucción del mundo y sus valores.

Pero mientras que actuar acorde con el conformismo social es un acto de cobardía frente a la vida, la posibilidad de que éste sea un acto voluntario abre la esperanza de que cada quien, desde su trinchera, pueda abandonar tal cobardía y aportar algo para lograr lo que ahora se antoja imposible: la justicia social.

Este sería un lindo propósito de año nuevo. Sin embargo, los eventos de las últimas décadas hacen aparecer nuestras pequeñas acciones como un cúmulo insignificante, frente a los grandes acontecimientos que han llevado al mundo al borde de la ignominia.

El país más poderoso del mundo reeligió como Presidente a uno de los personajes más bélicos de la historia, tal vez sólo comparado con Hitler. El pueblo irakí fue y continúa siendo masacrado en nombre de la justicia y la democracia. La manipulación mediática se encargó de lavar las mentiras que justificaron el atroz ataque a dicho país. Su pueblo y su gente fueron puestos a la venta a

transnacionales norteamericanas, cuyos ejecutivos, como ha sido documentado por la galardonada escritora india, Arundathi Roi, son todos ellos cercanos al presidente de Estados Unidos y/o a su gabinete.

Éste es uno de los grandes testimonios de los horrores a los que nos puede llevar el conformismo social. Millones de norteamericanos (más del 50% del electorado) avalaron la matanza cuando les hicieron creer que “sus” intereses estaban en peligro. Muchos de ellos viven en la pobreza y la marginación; otros forman parte de la clase media conservadora y/o analfabeta funcional. No obstante, todos ellos han sido manipulados, educados para ser unos conformistas sociales. Se les dijo que dicho ataque era contra el “terrorismo” que había osado atentar contra el gran Imperio, del cual ellos “formaron parte”.

Quienes avalaron esa acción tienen miedo de perder la posibilidad de seguir viviendo en una sociedad en la que se sienten “libres” de trabajar en empleos poco gratificantes; “libres” de continuar con su enajenación engullendo programas televisivos y alimentos chatarra, pero ejerciendo la “libertad” de elegir canal o marca.

Los esquemas laborales competitivos, denigrantes de la dignidad humana (y violatorios de derechos laborales básicos) en los que se encuentran inmersos; pero sobre todo los medios masivos de comunicación, los han hecho perder todo sentido de solidaridad social y creen que los ataques “preventivos” en contra del “mal” aseguran que este mundo siga funcionando como hasta ahora.

Sus ojos no ven (o pretenden no ver) a los niños mutilados o los que han quedado huérfanos por los bombardeos; avalan las vejaciones sufridas por hombres y mujeres irakís en las clandestinas cárceles comandadas por las “fuerzas” de ocupación. No les importa que “sus” fuerzas armadas hayan destruido sin piedad un país, que la gente que ahí habita se haya quedado sin empleo, sin casas, sin infraestructura básica, llena de miedo, horror, odio y pena. Se sienten satisfechos de que “sus” empresarios, “paladines de la democracia”, se repartan millonarios contratos de “reconstrucción”. Todo ello para que continúe imperando “the American way of life”.

El conformismo social es un fenómeno mundial, la sociedad mexicana no es ajena a éste. Por el contrario, no solo nos callamos ante la injusticia mundial, sino que proclamamos para que en nuestro propio país se cometan mayores injusticias: pedimos a gritos una anti-reforma laboral que permita que los empresarios puedan competir, a costa de los trabajadores, “libremente” con su contraparte china, quienes obligan a su pueblo (conformado de seres humanos) a jornadas de trabajo y condiciones laborales inhumanas (12 horas diarias, siete días a la semana y un día de descanso al mes).

Ni siquiera nos inmutamos cuando escuchamos que la gente muere por frío (hipotermia, asfixia o quemaduras); o que más de quince millones de trabajadores ganan hasta dos salarios mínimos; o que 1.3 millones de personas están desocupadas; o que la prostitución infantil en nuestro país va en aumento; o que no se ha hecho justicia a los muertos de Acteal; o que en nuestro territorio se cometan abusos contra los migrantes iguales o peores que en los Estados Unidos; que en nombre de la contención inflacionaria se aumentan los salarios mínimos por debajo del crecimiento de ésta.

Hacer un balance sobre nuestro actuar cotidiano nos daría pistas del grado de conformismo social al que hemos llegado. Cuantas veces ha circulado en sentido contrario; cuantas veces se ha metido en la cola para no tener que esperar igual que los demás, cuantas veces no ha permitido cruzar a un peatón, cuantas veces ha tirado la basura en la calle, cuantas veces ha dejado las heces de su perro de la vía pública, cuantas veces, cuantas veces más faltará al respeto a sus semejantes porque “todos somos así”. Cambiar nuestra actitud ayudaría a que las cosas mejoraran un poco. Encontrar la arbitrariedad y la injusticia en las pequeñas cosas que hacemos, tal vez permitiría darnos cuenta y rechazar enérgicamente las grandes y “pequeñas” atrocidades cometidas cotidianamente. Les deseo a todos mis lectores y lectoras un inconformista 2005.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx